

«Qué comprar, qué vender»¹

Agustín García Calvo



ngel de Lucas: Me ha correspondido a mí, en nombre de los compañeros del Curso de postgrado de Sociología del Consumo, abrir esta reunión a la que os hemos convocado en torno a la palabra de Agustín García Calvo. Se supone, probablemente, que una apertura de una reunión de este tipo implica la obligación de hacer una presentación del orador. Creo que una presentación de AGC, aparte de ser prácticamente inútil para todos vosotros, a mí me llena de zozobra y de perplejidad, porque presentar a alguien suele entenderse como responder a la pregunta de quién es. Y responder a la pregunta de quién es AGC, como resulta que ha habido, y hay todavía, muchas respuestas a esa pregunta —tal vez, gracias a él—, y como afortunadamente todas las respuestas a esa pregunta son falsas, pues yo no quisiera arriesgarme a añadir a la lista de las respuestas una más.

Y, entonces, con la mayor brevedad posible, quisiera agradecerle a Agustín su presencia esta tarde aquí, y añadir este agradecimiento a otros muchos agradecimientos que muchos de nosotros tenemos hacia él. Por ejemplo, todo lo que ha escrito. Sus libros. Su poesía. La publicada por escrito, pero también aquella que solamente circula en la voz de los juglares, como —si me permite la broma Agustín, que creo que sí— aquella que, anticipándose mucho en el tiempo, dedicó a la conmemoración del V Centenario, que empezaba con aquello de *Caravelas de Colón, todavía estáis a tiempo*.

Por tanto, yo querría agradecerle todo eso, sin olvidarme, en lo que se refiere a lo que nos ha dado por escrito, de los panfletos. Los panfletos que circularon sin firma, pero que por su contenido, en cuanto que son un ejercicio laborioso de dialéctica, siempre puesto al servicio de lo que él llamaría el corazón rebelde y la razón implacable, no son para olvidar en absoluto. Y me estoy refiriendo al *Manifiesto de la Comuna Antinacionalista Zamorana*; me estoy refiriendo a los *Apoetemas sobre el marxismo*, me estoy refiriendo a *Comunicado urgente contra el despilfarro*, etc., etc.

Y, por último, por no alargar demasiado esto y permitiros en seguida entrar a disfrutar de la palabra de Agustín, también querría agradecerle no solamente lo que ha escrito y lo que se puede ver en las hemerotecas o en las bibliotecas, sino también la palabra que ha dado en los cafés, de París o de Madrid, a todo el mundo que se acer-



COMPAÑÍA DEL GRAMÓFONO

Sociedad Anónima Española

Balmea, 56 y 58, BARCELONA

Agentes en todas las capitales y poblaciones importantes de España.

Mundo Gráfico, 1918.

caba a recibirla. Y, también, personalmente y en nombre de aquellos que ya estamos un poco más ajetrechos por la vida, quería agradecerle aquellos luminosos días de la primavera del 65, donde ocupó un lugar importante en el pronunciamiento estudiantil. Nada más y aquí lo tenemos.

Agustín García Calvo: Muy agradecido por todos estos recuerdos, que con lo que más emocionan, casi, si uno se deja engañar, le puede hacer creer a uno que efectivamente ha hecho algo, cosa de la que se pasa todos los días dudando.

No sé bien para qué puede servir esto que estamos haciendo aquí esta tarde, con la invitación de Angel de Lucas y los demás compañeros de Sociología. No sé para qué puede servir que os diga o trate de descubrir unas cuantas perogrulladas respecto a la cuestión económica, cuando muchos de vosotros están más o menos obligados personalmente o, por lo menos, amenazados por un futuro casi implacable que les va a obligar a insertarse en la cadena de las instituciones económicas y sociales, en general: obligados a hacer como si creyeran que eso es lo que hay, porque, si no, a ver quién quiere ser ejecutivo de nada, ni siquiera profesor de nada que tenga que ver con la Economía, o con la Sociología, o quién va a meterse, por supuesto, en lo que más de cerca nos toca hoy, en *marketing* y en cuestiones de mercado en general.

Ante esta amenaza de fe que todos vosotros padecéis más o menos, o casi todos vosotros, uno se queda pensando para qué puede servir todo esto que contra esa fe yo pueda intentar aquí recordaros. Y es lástima, porque para mí esto de hablar no es ninguna cosa que se haga para fines culturales, es decir, para llenar un rato y contribuir al acervo cultural, sino que el hablar mismo tiene que ser una acción: no se habla para llegar a conclusiones, como en los congresos habituales, o en los consejos de ministros, o en las reuniones de empresa o de facultad universitaria: para llegar a conclusiones y después pasar a la praxis, como decían antaño los marxistas.

Por el contrario, se piensa que el hablar o es una acción o es simplemente una manera de cubrir el vacío, como tantas otras. Y, por supuesto, cada vez que vengo a hablar en público, lo hago pensando que, por lejana que sea, hay alguna posibilidad de que esté haciendo algo. ¿Lo estoy haciendo yo?: más bien lo está haciendo la palabra, el lenguaje común que, a través de uno, puede de vez en cuando hablar, cuando la persona

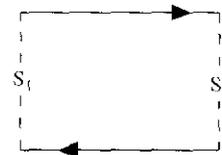
desaparece. La Persona es siempre el principal estorbo para que esto suceda.

Por lo demás, lo que os voy a decir respecto a qué comprar, qué vender son, efectivamente, perogrulladas. Es decir, lo que voy a intentar decir es lo que cualquiera de vosotros sabe, en el sentido de que lo siente por lo bajo, es decir, por debajo de las ideas y de las enseñanzas recibidas. Van a ser perogrulladas en ese sentido, evidencias, cosas de sentido común. Cada vez más trato de que cualquier cosa que diga o cualquier cosa que escriba, al menos de cuestiones políticas, consista en esto, consista en decir lo que todo el mundo sabe, dándose más o menos cuenta de ello. Es ahí donde veo una posible utilidad.

Vamos a hablar, pues, de qué comprar, qué vender, y en el título habréis apreciado que, efectivamente, parece que se pone el acento en la cuestión del *qué* o, como se dice algo más pedantemente, en el objeto de la operación o de las operaciones. A lo largo de esta conversación se irá viendo que el *quién* (comprar, ¿quién?; vender, ¿quién?) está también implicado en la cuestión. Pero desco que esté implicado a partir de lo otro, a partir del *qué*.

En la compraventa, en lo de comprar y vender, se supone que hay dos sujetos. «Sujeto» es una palabra odiosa, es una palabra de raigambre filosófica y destinada a la condenación, y espero que las cosas que hoy suenan vayan un poco en ese sentido. Pero empiezo empleándolo, al menos inicialmente.

Esquema 1

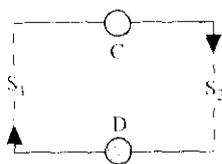


Hay una relación entre sujeto sub 1 y sujeto sub 2. El segundo paso es emplear nombres propios en las relaciones de compra-venta. Un último paso, que tal vez no debe darse, es acudir a los deícticos personales, es decir, una relación entre tú y yo. Pero ya ven que estos pasos, especialmente este último, comprometen demasiado.

Hay una relación y como se dice «comprar y vender», se supone que la relación es doble y de sentidos contrarios. De esta manera se supone

que S1 es el vendedor y S2, el comprador. Por supuesto, esto exige que haya una cosa. Hay una cosa en la primera línea, en la línea que va del vendedor al comprador; el vendedor, se supone, entrega cosas y S2 recibe cosas. Y como apenas voy a referirme a formas de intercambio muy primitivas, sino que las que me interesan son aquellas que se hacen por medio de dinero (si no, nos alargáramos demasiado), por supuesto en la otra línea tiene que figurar esto.

Esquema 2



Tiene que figurar dinero, es decir, lo que el comprador entrega y el vendedor recibe; la cosa no puede ser más perogrullesca y evidente. Así es como son las cosas. Únicamente, se supone que estos procesos de compraventa son procesos que se practican de tal manera que la cosas y el dinero, los instrumentos del intercambio, permanecen a través del proceso, que no sufren a su vez en el proceso alteraciones.

Una de las creencias fundamentales para el engaño de la Economía es justamente el pensar eso, que se puede hacer esto, que se puede llevar a cabo un proceso y repetirlo indefinidamente, sin que el proceso a su vez afecte a la entidad de los objetos, la cosa o el dinero.

Esto es lo primero que hay que empezar por ver cómo no es así. Ya veis que en el esquema esa doble dinámica implica, a su vez, una relación entre cosa y dinero, en la que hasta ahora no habíamos parado mientes. Conviene pararse a ver qué es lo que esa relación a su vez arrastra consigo.

Como la compraventa es algo tan simétrico, los dos sentidos inversos son tan claramente inversos el uno respecto al otro, está claro que la práctica de esta relación comercial elemental implica consigo que, con la repetición, en otro plano del Tiempo, digamos, la cosa acabe siendo equivalente a o convirtiéndose en dinero.

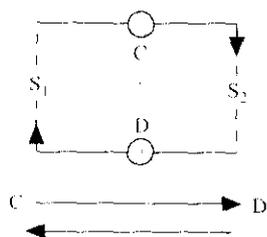
Pero esta relación, a su vez, es también reversible: ésta va a implicar que el dinero acaba convirtiéndose en cosa. Y éste es el proceso al que podemos asistir, sobre todo hoy, muy cómodamente, porque el reino de esa práctica, de ese intercambio por medio del dinero, pues está, digamos, está más avanzado o más perfecto entre nosotros. Lo podemos percibir en su culminación, en la perfección de este proceso.

Claro que no es que me guste del todo mucho hablar así, porque ello parece implicar que estoy creyendo en la Historia, que estamos al final de la Historia, que estamos, en este caso, en la culminación de este proceso secular, que arrancaríamos, como decían los historiadores, desde el momento en que hay algo que se pueda llamar dinero y que viene a alcanzar entre nosotros su perfección; cosa que no me gusta, porque, evidentemente, yo no creo en la Historia, en el sentido de que pienso que épocas no hay más que ésta, que no es ninguna época, y que en ésta están incluidas todas las demás, incluidas las ideaciones respecto a la Historia del Dinero. Además, y así un poco entre paréntesis, os prevengo de que acudáis demasiado a una visión histórica de la Economía para intentar explicaros estos procesos. Yo, en todo caso, estoy pintando las cosas tal y como hoy día funcionan a cada paso.

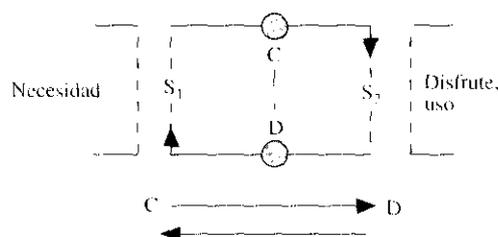
Ha quedado fuera del esquema, digamos a la izquierda y a la derecha, unas cosas que podríamos llamar, por un lado, necesidad, por el otro, disfrute, uso.

Se supone que están por delante del proceso y por detrás del proceso. Es decir, que, si no hubiera necesidades, pues el proceso no arrancaríamos.

Esquema 3



Esquema 4



y si no hubiera una finalidad, que fuera la del uso o disfrute, el proceso tampoco marcharía. Parece como si la necesidad fuera, en el esquema aristotélico, la causa eficiente y el disfrute o el uso fuera la causa final, que entre ambas se arreglaran para poner en marcha todo el proceso de la Economía. Lo importante es hacer notar por qué estas cosas han quedado fuera del esquema.

Han quedado fuera del esquema porque, efectivamente, en el funcionamiento actual, lo que conocemos, no se las ve aparecer. Son las ausencias notables. Estas son las ausencias notables. Ni se ve por ninguna parte la necesidad, ni se ve por ninguna parte el disfrute. Esto es lo que primero costamos en el progreso del proceso económico, estas dos ausencias; son ausencias muy curiosas, pero ejemplares. Son ausencias que precisamente consisten en que se habla, se sigue hablando y se habla más que nunca, de ellas. Nada más tenéis que ver la publicidad y, en general, la literatura, la literatura conforme con el Sistema, que es prácticamente casi toda. Se sigue hablando como si estuvieran, lo cual quiere decir que, efectivamente, de alguna manera están. La justificación del proceso está en la idea de 'necesidad', y (este encuadramiento entre comillas simples es lo que quiere decir 'idea'), que juega ahí, y en la idea de 'placer', de 'disfrute', de 'utilidad'.

Esta es la forma de las ausencias, ausencias que consisten en una presencia y, además, una presencia cada vez más imperiosa, de la idea respecto a lo uno y respecto a lo otro. ¿Quién puede dudar, qué empleado de *marketing* puede dudar de que hay necesidades, de que es verdad que hay necesidades, de que es verdad, por ejemplo, que hay hambre y que tenemos necesidades alimentarias? ¿Quién va a dudar de ello? Sin embargo, eso en el mundo progresado no aparece. El sostén de la fe consiste en que se producen, en cambio, epidemias de hambre de vez en cuando en esos sitios de las márgenes que llaman el Tercer Mundo, fuera del Mundo Desarrollado. O incluso dentro se produce que hay de vez en cuando alguno que se muere de hambre o de frío, alguno de los marginados. Igualmente, todo sucede al margen. Pero en el Mundo propiamente dicho, la necesidad no aparece nada más que como algo de lo que se habla, como una pura idea, y ésa es la forma de su ausencia.

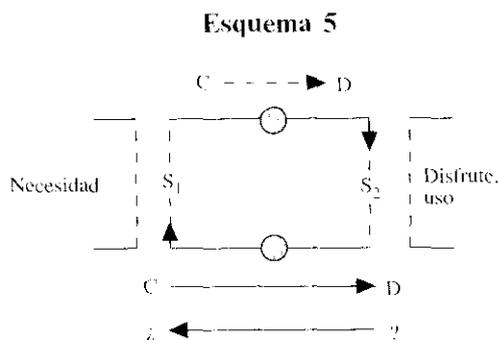
Igualmente uno costata que la publicidad y la

literatura siguen hablando del disfrute, hasta del placer; nada más tenéis que recorrer unos cuantos *spots* televisivos. Ésa es la forma de ausencia: uno siente (id apelando todo el rato a vuestro sentido común, eso que hay por debajo de las ideas) que no hay nada de tal cosa, que lo que de alguna manera se ha perdido es justamente cualquier forma de utilidad, cualquier forma de disfrute. Siguen sosteniendo, por ejemplo, que un auto se compra como un instrumento útil para algo. Uno sabe que es mentira, pero el hecho de que sea mentira no impide que se siga presentando como efectivamente un instrumento de transporte útil, que sirve para lo que dice, para lo que dicen sus anuncios, en contra de la evidencia de que no es así. O se sigue pensando que hay una juventud que disfruta en las discotecas, locamente dicen, meneándose al son de las músicas que conocéis y consumiendo cubata tras cubata: es el placer, la vida, la vida que te regala cualquier producto comercial por la televisión; te la están regalando todos los días, vida y juventud y todo lo que dicen. Uno siente ahí, en esa razón o corazón que hay por debajo, que no hay nada de tal cosa, que la ausencia es tanto más perfecta cuanto el proceso económico más alcanza su perfección. Pero eso no impide que se siga hablando de ello y de una manera tanto más insistente, tanto más furiosa, cuanto la ausencia es más notable.

Ése es el sentido en que notaba esas dos cosas que quedan fuera del proceso y que, sin embargo, están dentro (aunque pintarlo haría complicar el dibujo demasiado) en forma de ideas. Las ideas son, por supuesto, de Fulano y de Mengano, pero también son ideas generalizadas o impuestas a la masa de compradores y vendedores. Por eso es difícil pintar esa intromisión de las ideas de necesidad y de disfrute dentro del proceso; pero, en fin, supongo que las dais por pintadas y que podemos seguir.

Volvamos a cómo la cosa se reduce a dinero y, por el otro lado de la relación, el dinero se convierte en cosa a medida que este proceso se establece, que esta institución funciona. Evidentemente, se empieza por pensar en una cierta equivalencia, y esta equivalencia, sitúese como se quiera, es la que lleva camino de la identidad. El dinero empieza a ser, entonces, como una cosa inocente, un representante de las cosas, provisional, mientras dura el proceso. Se supone que el dinero, a su vez, está dispuesto a convertirse en cosa. Que si el vendedor ha recibido algún

dinero, este D va a volverse a convertir en C y va a servir para el disfrute. Se supone que esto es así. Y esta inocencia, por supuesto, es falsa. La cosa no marcha así, la equivalencia progresa.



En efecto, las cosas mismas se vuelven dinero y podría decirse que, en esta rama de las relaciones, lo que el vendedor le entrega al comprador en la culminación del proceso es D, no C; de alguna manera, es dinero. ¿Cómo costatamos que en la culminación del proceso las cosas se convierten en dinero? Bueno, pues simplemente abriendo los ojos, tendiendo un poco el corazón alrededor; esa inutilidad o incapacidad de disfrute de que hablábamos antes es una pista para llegar a esta costatación de una manera más desnuda.

No se trata ya sólo de las cosas que sirven como inversión, que son, por supuesto, el modelo fundamental: una cosa que sirva como objeto de inversión es, efectivamente, una cosa que ya es dinero, sin más, confesadamente. Pero uno podría decir que dentro de la economía esto en todo caso podría referirse sólo a las inversiones: que efectivamente, la finca, el piso, la joya que se adquiere como inversión es así, ésa es dinero, pero que tal vez no habría que generalizar. Os estoy invitando, por el contrario, a que generalicéis ese modelo de la inversión, que es simplemente el caso más antiguo y más claro. Por supuesto una joya que es inversión, es una joya que no se puede lucir o, si se luce, es con cuatro o cinco policías alrededor en la sala de baile, lo cual, efectivamente, pues no permite que la joya tenga ningún disfrute directo; y, en general, permanecerá guardada en las áreas de la Banca. Quien dice una joya, dice la finca, dice un cuadro de un personaje ilustre de los clásicos o de la vanguardia, dice hasta las botellas de vino de cosechas

francesas famosas que los japoneses adquieren y guardan también en los sótanos de sus bancos de vez en cuando, dice cualquier cosa que, efectivamente, se toma como un objeto seguro de inversión.

No voy a recordar a aquellos de vosotros que han estudiado más economía..., pues todo el proceso referente al patrón, referente al patrón monetario, la situación ambigua de los metales preciosos, del oro, la decadencia del dólar: todos esos procesos, que son evidentes y muchos de vosotros conocen mejor que yo, acompañan al progreso en esta identificación. Más o menos, cualquier cosa acaba por convertirse en una forma de inversión.

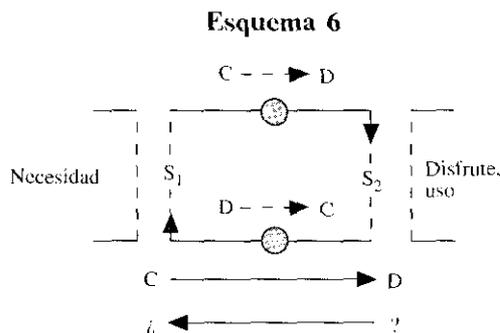
Fijaos bien que el que una cosa se convierta en dinero quiere decir que se la priva de cualquier posible utilización o disfrute. El dinero era algo que se suponía que estaba destinado a convertirse, a su vez, en cosa; pero si nos encontramos que la cosa es dinero, efectivamente, le hemos cortado ya la esperanza de esa reconversión. La conversión en dinero quiere decir simplemente esto: el proceso se vuelve circular, y las cosas son sustitutos, muchas veces estimados más seguros y más de fiar que las monedas.

Quedan, en definitiva, las monedas y los patrones tradicionales, en la economía más avanzada, quedan en una situación muy marginada, a su vez. Siguen funcionando; especialmente a la gente corriente se le siguen repartiendo billetes de banco y hasta moneditas, pero eso es para disimular, para disimular. En realidad, hay sitios, en la Banca, en las transacciones entre los Estados, donde jamás aparecerán cosas sino como garantía de valor de los Estados y de las empresas. Figurarán en una cuenta donde si se cita a la cosa, se la cita como garantía del valor y, desde luego, está completamente olvidada en cuanto cosa: está allí cumpliendo esa función de ser una especie de garante de valor que se supone más eficaz que el dólar o que el oro, simplemente eso.

Parece que os llevo la cosa a extremos a que no ha llegado todavía. Sobre esto quiero aclararme un poco: es importante exagerar, porque es la manera de ser fiel. Si no se exagera aquí, uno queda ya automáticamente sometido. Porque esto de que a la gente corriente por acá abajo se nos repartan todavía billetes y moneditas, es decir, dinero de viejo uso, y se nos haga creer que con ellas se puede comprar (de hecho, se compra) un café, una nueva televisión, un auto, una cosa así, eso está justamente cumpliendo su fun-

ción dentro del cuadro general. Está, efectivamente, como os decía antes, para disimular. Si no hubiera formas arcaicas de fe, que conviven y parecen contraponerse a las más avanzadas, las más avanzadas tampoco se sostendrían. Es el mismo procedimiento por el que os decía que tiene que seguir habiendo en las márgenes, exteriores e interiores, hambre, para que esta aparición del hambre, en la Etiopía, o del pordiosero que se muere en un suburbio de Madrid, sirva efectivamente de disimulo de la falta de necesidad y de utilidad que al Mundo Desarrollado le toca realmente.

De manera que por eso es por lo que conviene fijarse sólo en las formas más avanzadas, y, en ese aspecto, parece que se exagera; pero sólo exagerando así se es verdaderamente fiel. El entretenerse mucho con las cosas que ocupan una situación marginal y para disimular es un peligro que ya, en cuanto a la táctica, espero que se os aparezca evidente.



Tengo que insistir en la otra rama del proceso. Eso no puede suceder sino haciendo así: que el dinero se haga cosa. Esta es la presentación de lo más evidente y, al mismo tiempo, de lo más paradójico de lo que nos pasa. Porque, efectivamente, nunca el dinero ha llegado a adquirir un estatuto tan sublime, abstracto, o ideal, como en las formas más avanzadas de la Economía, nunca ha sido más impalpable: en realidad el Capital propiamente dicho (empresas, Estados y la Banca) es una cifra, son unas cifras, que representan un crédito, más o menos garantizado de la manera que antes os he dicho: cifras de un crédito, que quiere decir cifras de la fe: son cifras de la fe que corresponde a la religión verdadera, que es la que padecemos, la de la Banca, de la Empresa y la del Ministerio. Las otras se

quedan por ahí y siguen cumpliendo, las otras formas de fe arcaicas, siguen cumpliendo las mismas funciones de disimulo que he dicho.

Es, efectivamente, abstracto, si es que la palabra se entiende lo bastante bien (bueno, tendré que volver un poco sobre ella después), pero se entiende mejor que es, efectivamente, ideal: es la idea por excelencia; desde el principio lo era (ahora, después de la pausa, voy a entrar un poco en la cuestión), desde el principio el dinero era la idea, pero en el progreso del proceso, por supuesto, esto se cumple de una manera extrema: ideal más que nunca, como nunca, sublime.

Bueno, y, sin embargo, ¿cuándo tanto como hoy se ha hablado del dinero como si fuera materia, como si los intereses monetarios o económicos fueran materialistas, como si efectivamente lo palpable fuera el dinero?

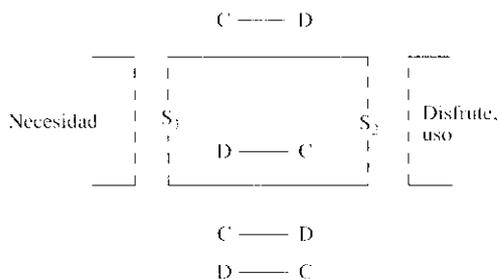
Porque se nos cuenta que en tiempos de la vieja burguesía todavía daba cierta vergüenza hablar de dinero, estaba más o menos mal visto. *De dinero no se habla. Es lo que el burgúes le dice a su niño: De dinero, niño, no se habla.* Imaginaos lo lejos que estamos hoy de esa vergüenza, que suponemos característica de la burguesía: ha desaparecido por entero. Por el contrario, es honoroso hablar, en la familia, y públicamente, y en el bar, de dinero. Parece como si, efectivamente, se tratara de la justificación de todo, pero una justificación fundada en el hecho de que se supone que eso de lo que se habla es, efectivamente, la realidad palpable, viva. Y si uno va mucho tras la perra, le estoy llamando materialista o cosas por el estilo. Así es que estamos creyendo, efectivamente, pero como nunca, en la materialidad del dinero.

Esta paradoja es en la que quería hacer os parar mientes un momento: en la misma medida en que se produce la sublimación, en que el dinero se vuelve máximamente ideal y sublime, en la misma medida, la creencia en su materialidad y en que es, efectivamente, la realidad palpable que se opone a todas las ideas, idealismos y cosas por el estilo, en la misma medida crece y se impone.

No sé si he acertado a presentar la paradoja lo bastante bien: en todo caso, conviene que veáis cómo es, en ese sentido, como se sostiene que el dinero viene a comerse a las cosas. Viene a ser él mismo cosa y la cosa por excelencia: en la misma medida en que las cosas se hacen no más que una forma de dinero, el dinero viene a ocupar el sitio de las cosas, incluso de las que se suponían

palpables, inmediatas, materiales: nada más elemental, nada más palpable, nada más material, eh, que el dinero.

Esquema 7



De forma que conviene que así funcionen las dos ramas de la identificación para vosotros de una manera bastante clara.

A propósito de la reducción de las cosas a dinero y del dinero a cosas, tengo que cumplir lo que antes prometí al respecto del paralelismo del dinero con los nombres del lenguaje, los nombres de la lengua.

Tengo que recordar (y espero que no os despiste demasiado; es muy ilustrativo) algunas de las proclamaciones de la lógica, de nuestra primera lógica, la lógica que aparece en los fragmentos del libro de Heráclito o Heraclito. En uno de ellos, y que nos toca más de cerca, dice que el fuego (ahora, dentro de un momento, veremos qué quiere decir 'fuego') es *antamoibé*, un término económico muy preciso (que, sin duda, es la primera vez que aparece) que quiere decir, al mismo tiempo, algo como 'cambio' en el sentido que se dice en la Banca cambio de moneda, 'cambio' y correspondiente alternativa de Bueno, es una palabra un poco difícil, pero con esto que os digo, os hacéis una idea; y dice que el fuego es como el cambio, la moneda de cambio, la alternativa de, el correspondiente de todas las cosas, todas las cosas, de la misma manera (dice) que el dinero (al que se le llama todavía oro) lo es de todas las mercancías o cosas, simplemente, y las mercancías lo son del dinero.

De forma que, como veis, el proceso económico que he descrito está ahí muy bien en la comparación enunciado. Lo que he visto que en los restos del libro de Heraclito se llama fuego, en verdad no es nada distinto del lenguaje mis-

mo, *lógos*, la razón, la razón común. No es nada distinto, sino que es la razón en cuanto tiene que encontrar un nombre o, dicho de otra manera, volverse realidad. Decimos con esta técnica heraclitana que, cuando el lenguaje que está hablando, en lugar de estar hablando, habla de sí mismo y, por tanto, tiene que llamarse con un nombre, entonces se llama fuego, que es como si dijéramos la cosa de las cosas, la realidad de las realidades.

Ahora espero que la comparación con la esfera económica y con el dinero en este fragmento de Heraclito esté de sobra claro. Efectivamente, el lenguaje en cuanto, en lugar de estar actuando, se hace cosa, en ese momento es la realidad de las realidades, la realidad sumamente abstracta, la culminación de la abstracción. De forma que, entonces, es como el equivalente de 'intercambiable', de 'cambio' de las cosas particulares, de todas las cosas particulares, así como las cosas son cambio (como quien dice que una moneda grande se cambia en calderilla) de esta realidad fundamental o realidad de las realidades a la que más o menos caprichosamente se llama fuego.

En la economía tendríamos, pues, un espejo de al mismo tiempo la física y la lógica. Lo que sucede en los ámbitos más generales de la lógica y la física, eso mismo está espejado, está representado en el proceso económico que estoy describiendo. El dinero es, efectivamente, la cosa de las cosas, es cambio de todas ellas y todas ellas son cambio de dinero, y en la culminación del proceso que me he esforzado en describiros, eso se traduce en la doble línea de identificación de la que he venido hablando.

Es viejo, se ha dicho siempre, la comparación entre el dinero, o la moneda, por lo menos, y las palabras del lenguaje, una comparación trivial, pero justa si se entiende dentro del cuadro que os estoy presentando. Efectivamente, las palabras (ahora no hablo de los nombres propios, sino de los nombres comunes, de las palabras corrientes, pero aquellas que tienen significado, las palabras como 'casa', 'perro', 'mujer' y demás) son cada una de ellas una forma de dinero en cuanto que, como idea, vienen a poder sustituir a la infinidad de sucesos o presentaciones o presencias palpables que se supone que yacen bajo el nombre de casa, mujer y perro.

En ese sentido el parecido entre el dinero y esta función de las palabras es bastante exacto y es aquí donde os prometí antes que os explicaba

un poco mejor lo que quiere decir 'abstracto', un término que apliqué al dinero, junto con los de 'ideal' y 'sublime'. Efectivamente, uno diría que el proceso económico no ha hecho más que copiar el proceso lingüístico, no ha hecho más que copiarlo de una manera que aparentemente parecía más inserta en la vida. Una vez que desde el comienzo está establecida esta intercambiabilidad entre la idea y las cosas, de tal forma que la idea puede valer por las cosas infinitas, y las cosas infinitas, a su vez, convertirse en ideales, en meros representantes de la idea, está ya en marcha de alguna manera, al menos en potencia, el proceso económico donde el dinero ocupa el lugar del significado, de la idea.

Era pues preciso recordar esto; y tengo que prescindir de algún otro fragmento de Heraclito, porque, si no, ya no soy capaz de presentaros todos los aspectos de la cuestión que quería. Si go pues un poco, sin pararme todavía, para hacerlos costar el paso que a continuación me interesa, dos pasos más bien.

Primero, que una vez que contamos con este concepto bastante avanzado, por supuesto, nos es dado considerar todo eso en bloque. Quiero decir que eso está ocupando el lugar de C. Esto es una cosa, ahora consideramos que esto es una cosa, el proceso de compraventa, el proceso de compraventa que he dibujado, una vez suficientemente avanzado el proceso que he dicho, es un caso de cosa, una cosa entre las cosas, una cosa como otra cualquiera. No es demasiado difícil meter en esta C todo esto, ¿verdad? Bueno, de eso es de lo que se trata.

Efectivamente esto nos explica algo que también costatamos con mero sentido común a cada paso: que el proceso de compraventa, el comprar y el vender, vienen a ocupar el lugar de las que se supone antiguas utilidades y disfrutes. Si uno se pregunta: «¿Para qué se producen las cosas que se producen?», uno tiene que responder que para producirlas. Si le aprietan a uno un poco para que rompa la tautología, tendrá que decir: «Pues, hombre, para venderlas», como es lógico. ¿Para qué puede uno decir que se fabrican bloques de pisos, que se fabrican autos, o televisores, o *chips* informáticos? Para venderlos.

Efectivamente, las otras utilidades quedan como residuos, se siguen manejando, pero, por supuesto, uno reconoce con sentido común que el verdadero motor es la venta y la obligación de la compra consiguiente. Claro, puesto que no hay una rama del proceso sin la otra. Cumplen

su función en realidad en el proceso de compraventa. Cualesquiera productos son producidos ya como mercancías, y estas mercancías, a su vez, ya hemos visto que son lo mismo que dinero.

De manera que se puede decir, simplemente, que se produce para vender y comprar, y que ahí se agota el fin del proceso de producción. En realidad, lo que está aquí evidente es que el proceso de compraventa viene a ocupar un lugar como cosa, y como cosa muy importante: en realidad, es como si esa cosa fuera lo que en otros tiempos se llamaba la vida, o cosas por el estilo: la vida, es decir, una cosa de una importancia suma o, por lo menos, que parece tocarnos muy de cerca.

¿Cómo se evidencia esto? Bueno, voy a dar nada más dos ejemplos. Primero, hay mucha gente, tal vez alguno de vosotros, que vive de cosas como el *marketing* y parecidas. ¿Cuáles son las cosas que se están manejando cuando se hace *marketing*? Pues este proceso: la cosa es este proceso. De manera que no digáis que es una cosa rara, porque está sucediendo todos los días y ocupando una buena parte de nuestro mundo. En realidad, la cosa de la que se trata, la cosa que se maneja, es el proceso de compraventa de diferentes maneras: *Marketing* abarcando publicidad y abarcando estudios sociológicos, económicos, al servicio del *marketing*, es decir (ya comprendéis) todo eso.

El otro proceso es cuando un niño corriente de hoy día te pide todavía perras. Y, a lo mejor, obedeciendo al engaño dominante, te dice que las quiere para algo, para unas pipas, para un chupa-chups; pero tú descubres en seguida que es mentira; descubres que es mentira, porque ni las pipas ni el chupa-chups ni nada le interesa un rábano; muchas veces las ves después de compradas abandonadas por la casa. Algunos niños, más listos o más cínicos, pueden llegar a decirlo descaradamente: «Para comprar». Te lo piden para comprar. No es lo corriente esta declaración cínica, pero puede encontrarse. De hecho, es así: en realidad este niño ya lo que está aprendiendo es a vivir. La vida es el proceso que he dibujado ahí. Está aprendiendo a vivir, es decir, que efectivamente lo que le interesa es disponer, en este bajo nivel de la economía, de unas moneditas para ejercer el proceso: lo que está comprando es compra. Ni que decir tiene que cuando su madre va a unos grandes almacenes, por supuesto, uno ve que lo que compra es compra, no está comprando ninguna otra cosa.

Está comprando compra, de la misma manera que los empresarios, por otra parte, están vendiendo venta. De forma que la cosificación y el reemplazamiento de las cosas por el proceso, creo que está lo bastante claro. Tal vez puedo no insistir demasiado en ello, porque tengo que pasar a otra cosa todavía.

En la situación que os he descrito, la mera inutilidad declarada, la mera condición de superfluidad que, a veces, puede llamarse lujo, es efectivamente también un servicio al Sistema. Este es un axioma, porque tengo que ir muy deprisa. Esto es lo que se ve, sobre todo, en la compraventa de poesía literaria, de esa que no leen ni manejan más que los propios productores, a los cuales, sin embargo, las Cajas de Ahorro, la Banca y los Ministerios de Cultura patrocinan entusiastamente, haciendo que se produzca mucha más y que se edite mucha más que nunca.

En este caso, la poesía cumple esta función, tiene a gala incluso, fundándose en cuentos arcaicos, tiene a gala el ser inútil, el no servir para nada y he ahí cómo, efectivamente, la Banca y el Estado reconocen que, efectivamente, esa inutilidad declarada es también útil. Apenas hace falta explicar cómo es útil, porque yo creo que todo el mundo lo entiende: cómo es útil que, efectivamente, se produzcan cosas así que son puramente culturales. De manera que si a algún otro señor más o menos ocurrente, se le ocurre producir objetos declaradamente inútiles, está haciendo algo parecido, está haciendo algo parecido al artista plástico que produce cuadros que no sirven para nadie ni para nada, pero que sirven para hacer exposiciones y subastas, o los poetas, que producen cosas que no sirven para nadie ni para nada, pero que se promocionan. Efectivamente, no hay que olvidar esto de que en la situación presente, dentro de ciertos límites, por supuesto, la declaración patente de inutilidad es también una forma de utilización por el Poder.

Bueno, y paso a esta otra parte del proceso, que en parte ha debido venir asomando ya. Repito el esquema para mayor claridad y aquí, en lugar de las cosas, pongo otra vez *S sub 1* y *S sub 2*, es decir, los sujetos del comprador y del vendedor. Esta es la parte del proceso en que quería que ahora pararais mientes un rato.

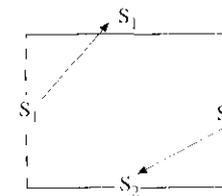
Todo lo que hemos dicho, incluido aquello último de que el proceso se convertía en la verdadera cosa, incluido lo dicho anteriormente de la progresiva identificación de las cosas como el dinero, y el dinero con las cosas, de alguna ma-

Esquema 8



nera implica también ésta. De alguna manera implica que, por decirlo así, el progreso del proceso en este sentido ha implicado un estrechamiento del esquema hasta el punto de que se haya podido llegar a producir algo como esto:

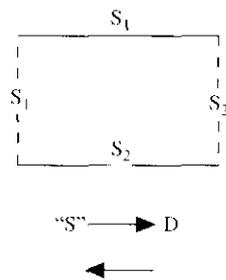
Esquema 9



Una intromisión de los propios sujetos dentro del proceso. Las cosas, en cierto modo, que se creían separadas del comprador y del vendedor, que en el esquema formaban un sitio tan completamente distinto, resulta que vienen a ser sustituidas por el comprador y el vendedor. Los sujetos de la compra y de la venta están dentro del proceso, y se entiende que, por tanto, ocupan el lugar no sólo de la cosa, sino de la cosa convertida en dinero. Ellos mismos son su dinero. Por supuesto, eso tiene manifestaciones escandalosas y muy pintorescas, que ya se anunciaban en refranes del tipo *Tanto tienes, tanto vales* y cosas por el estilo, y que cabe reconocer en la situación de quien piensa que, si no tiene su cuenta en el banco números negros, decentes, o no lleva unas perras en el bolso, o no tiene el riñón bien forrado, como se dice, pues no es nadie. Esta relación de la economía con el ser alguien es muy vieja, y simplemente en la actualidad se presenta de una manera progresada y absoluta. Ser alguien es tener.

Bueno, pues trato de ver cómo es esta manera progresada o culminativa en que esta relación entre la entidad de uno y el dinero se nos presenta. La entidad de uno es el dinero, de tal forma que el verdadero dinero es, a su vez, la entidad de uno.

Esquema 10



Ahora ya me permito poner entre comillas el término filosófico que denigré al principio («Sujeto»), para decir que, efectivamente, el «sujeto» viene a convertirse en dinero, acompañándose simplemente, claro está, de la otra rama de la relación, por la cual el verdadero dinero viene a ser el «sujeto», el llamado sujeto de los filósofos. Como ahora ya hemos tenido ocasión de distinguir, por un lado, el 'uno mismo' individual, el individuo o átomo que forma parte de una masa de individuos contables (condición esencial: contables, computables) y, por otro lado, la gente que no tiene esas condiciones, y lo que en cada uno de nosotros pueda quedar, como imperfección, de gente así, de pueblo, ya el término filosófico que denigro, pues queda en cierto modo, espero, desintegrado.

En realidad, a lo que la fórmula se refiere es al 'uno mismo' de una masa de individuos, esclusivamente eso: la gente, lo que quede vivo del pueblo, no puede entrar en el proceso económico, pero uno mismo sí. El átomo de la masa de individuos, ése no sólo entra, sino que viene a ocupar el centro. De tal forma que se cumple de la manera más exacta que el ser, la entidad, consiste efectivamente en el dinero en su forma más sublimada.

Cómo se muestra esto en los dos sentidos de la relación, apenas hace falta recordárselo; porque, efectivamente, cuando antes he hablado de las formas crediticias entre Empresas, o Estados, como las únicas formas verdaderamente avanzadas del dinero, ya se comprende que, aunque a veces se presenten restos de cosas, según antes dije, como garantía de valor, que no tienen de cosa más que ser esa garantía, por supuesto, la principal de las cosas es la firma y el nombre propio del individuo, o entidad, o Estado, que responde, como suele decirse, y que sostiene ese crédito. Es la firma. Es la firma, es el nombre

propio lo que hace que, efectivamente, todo el proceso pueda seguir funcionando; de forma que realmente, si en mi firma y en mi nombre propio estoy yo, y «sujeto» en cuanto nombre propio está ahí, entonces, yo he entrado decididamente en el proceso, por supuesto.

Por otra parte, para que veáis la otra cara de la moneda, cuando las obras de arte pierden toda utilización, y a la gente no le sirven para nada, pero son tanto más por ello promovidas por el Estado y por la Banca, se ve que el precio de la obra consiste cada vez más exclusivamente en el nombre del pintor, del escritor, de lo que sea, clásico o de vanguardia, de la firma: entonces uno está viendo ahí cómo, efectivamente, el único portador de valor es el nombre, la persona: es lo único que importa. Es decir, un cuadro de Picasso es esencialmente un cuadro de Picasso, no tiene ninguna otra entidad más que la de ser de Picasso. De tal forma que si después tienen que valorarse los cuadros de Picasso con valores distintos, pues habrá que medirlos por metros cuadrados. Y un Picasso de 2 m² valdrá doble que un Picasso de 1 m²; no habrá ninguna otra forma de distinción, porque el verdadero fundamento del valor estaba ahí.

Me parece que tengo que insistir en que este individuo representado en la firma y en el nombre propio es propiamente el Individuo. Y que el Individuo quiere decir el componente atómico, el elemento de una masa de individuos, es decir, eso a lo que constantemente el Sistema trata de reducir lo que pueda quedar de pueblo, de gente, entre nosotros.

Supongo que se comprende ahora cómo el proceso económico que me he esforzado en presentaros, según sentido común, se presenta, si no como el único procedimiento, como un procedimiento preferente para esa transformación, al mismo tiempo, de las cosas en su pura idea, que se llama dinero y, al mismo tiempo, de las personas en dinero, es decir, en fundamento de fe o fundamento de crédito, que es la forma más avanzada del dinero.

NOTAS

¹ Conferencia pronunciada en la Facultad de CC.PP. y Sociología el 11 de abril de 1991. Se han suprimido las intervenciones del público que no siempre se ajustaban al tema expuesto por el orador. Asimismo, se han respetado las correcciones ortográficas realizadas por el propio autor sobre la transcripción de la conferencia.